

Y, con los ojos secos y el busto erguido, sonreía ya con su hermosa bravura de combatiente. Miróla Máximo un instante, tan fieramente erguida, con sus grandes ojos claros, sus fuertes labios, su rostro de bondad viril que la espesa corona de sus cabellos blancos había dulcificado y llenado de un gran encanto; y encontrábala joven todavía, toda blanca, los dientes igualmente blancos, una mujer adorable, hermosa. Después pensó en su padre, y se encogió de hombros con despreciativa lástima.

—¿Verdad que es él quien os pone en ese estado?

Carolina quiso negar, pero se ahogaba, las lágrimas volvían á sus ojos.

—¡Ah, pobre señora mía! Ya os decía yo que os hacíais ilusiones respecto de papá, y que seríais mal recompensada..... ¡Era fatal que os devorara á vos también!

Entonces se acordó ella del día en que había ido á pedirle los dos mil francos para el negocio de Víctor. ¿No le había él prometido que hablaría cuando ella quisiera saber? ¿No se presentaba ahora la ocasión de saber el pasado preguntándole? Y una necesidad irresistible la impulsaba á ello: ahora que había comenzado á descender, necesitaba llegar hasta el fondo. Esto sólo era lo bravo, digno de ella y útil para todos.

Pero esta información le repugnaba, y tomó un rodeo haciendo como que cambiaba de conversación.

—Sigo debiéndooos los dos mil francos. ¿No estáis disgustado porque os hago esperar?

Máximo hizo un gesto, como para darle todo el tiempo necesario. Después dijo de pronto:

—A propósito, ¿y mi hermanito, aquel monstruo?

—Me tiene muy afligida; todavía no he dicho nada á vuestro padre..... ¡Deseo tanto descortezar á ese pobre ser, para que se le pueda amar!

Le produjo inquietud una sonrisa de Máximo, y como le interrogase con los ojos:

—¡Caramba! Me parece que os tomáis en ese punto un cuidado bien inútil. Papá apreciará apenas todo ese trabajo..... ¡He visto tanto en punto á disgustos de familia!

Carolina mirábalo siempre tan correcto en su egoísta disfrute de la vida, tan lindamente desilusionado acerca de los lazos humanos, hasta de los que crea el placer, y lo vió sonreír como paladeando la oculta malignidad de su última frase. Tuvo conciencia de que tocaba al secreto de aquellos dos hombres.

—¿Perdisteis á vuestra madre muy pronto?

—Sí, apenas la he conocido..... Estaba yo todavía en el colegio, en Plassans, cuando ella murió aquí, en París..... Nuestro tío, el doctor Pascal, se quedó allí con mi hermana Clotilde, á quien no he vuelto á ver más que una vez.

—¿Pero vuestro padre se volvió á casar?

Máximo vaciló. Por sus ojos tan claros, tan

faltos de expresión, había pasado una nube rojiza.

—¡Oh! sí, sí; se volvió á casar..... Con la hija de un magistrado; una Beraud del Chatel..... Renata; no una madre para mí, una buena amiga.....

Y sentándose cerca de Carolina con un movimiento familiar, añadió:

—Mirad, hay que comprender á papá. No es, ¡Dios mío! peor que los demás. Sólo que sus hijos, sus mujeres, todo lo que le rodea, es para él después que el dinero..... ¡Oh! entendámonos, no ama el dinero como avaro, para amontonarlo, para guardarlo en su cueva. ¡No! Si quiere sacarlo de todas partes, si lo hace brotar de no importa qué fuentes, es para verlo correr en su casa á ríos, por todos los goces que le proporciona, de lujo, de placeres, de poder..... ¿Qué queréis? Eso está en la masa de su sangre. Sería capaz de vendernos á vos, á mí, á cualquiera, si esto entrase en alguno de sus negocios. Y eso, como hombre inconsciente y superior, porque es verdaderamente el poeta del millon; de tal modo el dinero lo vuelve loco y canalla; ¡oh! canalla en lo muy grande.

Esto es lo que Carolina había comprendido, y escuchaba á Máximo aprobando con un movimiento de cabeza. ¡Ah, el dinero, ese dinero corruptor, emponzoñador, que secaba las almas, quitándoles la bondad, la ternura, el amor á los demás! Sólo él era el gran culpable, el causante

de todas las crueldades, de todas las impurezas humanas. En aquel momento ella lo maldecía, lo execraba, en la indignación de su nobleza y de su rectitud de mujer. Si con un gesto hubiera podido, habría aniquilado todo el dinero del mundo, como se aplastaría el mal con el talón para librar de él á la tierra.

—¿Y vuestro padre se volvió á casar?—repitió después de una pausa, con voz lenta y turbada, en un confuso despertar de recuerdos.

¿Quién había hecho alusión delante de ella á aquella historia? No lo habría podido decir: sin duda una mujer, alguna amiga, en los primeros tiempos de su instalación en la calle de San Lázaro, cuando el nuevo inquilino había ido á habitar el primer piso. ¿No se trataba de un matrimonio de dinero, de alguna venta vergonzosa? Y más tarde, ¿no había entrado tranquilamente en el matrimonio el crimen, tolerado y viviente allí, un adulterio monstruoso, lindante con incesto?

—Renata—siguió Máximo en voz muy baja, como á pesar suyo—sólo tenía algunos años más que yo.....

Había levantado la cabeza y miraba á Carolina; y en un súbito abandono, con una confianza no razonada en aquella mujer tan sana y tan discreta, contó el pasado, no en frases seguidas, sino á trozos, por confidencias incompletas, como involuntarias, que ella debía unir. ¿Satisfacía con esto un antiguo rencor contra su padre,

aquella rivalidad que había existido entre ellos, que los hacía extraños, todavía hoy, sin intereses comunes? No lo acusaba, parecía incapaz de cólera; pero su risita llegaba al sarcasmo, hablaba de aquellas abominaciones con la alegría maligna y burlona de mancharlo, al remover tantas villanías.

Y así fué cómo supo Carolina por completo la horrible historia: Saccard vendiendo su nombre, casándose por dinero con una joven seducida; Saccard, por el dinero, y su vida loca y ruidosa, acabando de trastornar á aquella niña grande, enferma; Saccard, en un apuro de dinero, teniendo que conseguir de ella una firma, tolerando en su casa los amores de su mujer y de su hijo, cerrando los ojos como buen patriarca que quiere que todo el mundo se divierta. ¡El dinero, el dinero rey, el dinero Dios, por encima de la sangre, por encima de las lágrimas, adorado más alto que los vanos escrúpulos humanos, en lo infinito de su poder! Y á medida que el dinero crecía y que Saccard se le revelaba con aquella diabólica grandeza, Carolina veíase acometida por un verdadero espanto, helada, trastornada, á la idea de que ella también pertenecía al monstruo después de tantas otras.

—Esto es lo que hay—dijo Máximo concluyendo.—Me dais lástima, y vale más que estéis prevenida.... Y que esto no os haga reñir con mi padre. Lo sentiría, porque seríais vos quien llorara, y no él.... ¿Comprendéis ahora

por qué no quiero prestarle ni un céntimo?

Como Carolina no contestaba nada, oprimida la garganta, herida en el corazón, él se levantó, se miró al espejo, con la tranquilidad de un hombre seguro de su corrección en la vida, y luego volvió delante de ella.

—¿Verdad que estas cosas os envejecen de prisa?.... Yo me he ordenado pronto: me casé con una joven que estaba enferma y que murió, y juro que no volveré á cometer más tonterías... ¡No! Y mirad, papá es incorregible porque no tiene sentido moral.

Le cogió una mano y la conservó un momento entre las suyas, sintiéndola completamente fría.

—Me voy, puesto que no vuelve.... ¡Pero no os aflijáis! ¡Y yo que os creía tan fuerte! Y dadme las gracias, porque sólo hay una cosa tonta: ser engañado.

Al fin se iba, pero se detuvo en la puerta y añadió riendo:

—Se me olvidaba: decidle que la señora de Jeumont quiere que vaya á comer con ella... Ya sabéis, la señora de Jeumont, la que ha dormido con el emperador por cien mil francos.... Y no tengáis temor, porque por loco que siga siendo papá, me atrevo á creer que no es capaz de pagar una mujer en ese precio.

Al quedar sola Carolina, no se movió. Permanecía aniquilada en su silla, en la vasta pieza, sumida en un abrumador silencio, mirando fijamente la lámpara, con los ojos muy abiertos,

Aquello era como un brusco desgarramiento del velo: lo que no había querido distinguir claramente hasta entonces, lo que no hacía más que sospechar temblando, lo veía en aquel momento en su espantosa crudeza, sin excusa posible. Veía á Saccard al desnudo, aquella alma estragada de un hombre de dinero, complicada y turbia en su descomposición. Para él no había, en efecto, ni lazos, ni vallas, yendo á sus apetitos con el instinto desencadenado del hombre que no conoce otro límite que su impotencia. Había partido su mujer con su hijo, vendido á su hijo, vendido á su mujer, vendido á todos los que habían caído bajo su mano; se había vendido él mismo, y la vendería á ella también, y á su hermano, y acuñaría moneda con sus corazones y sus cerebros. No era más que un monedero que fundía las cosas y los seres para sacar de ellos dinero. En un instante de lucidez vió ella el Universal sudando dinero por todas partes, un lago, un océano de dinero en medio del cual se derrumbaba, á un golpe de pico, la casa con un crujido espantoso. ¡Ah, el dinero, el horrible dinero que mancha y devora!

Carolina se levantó con un movimiento de arrebato. ¡No, no! Aquello era monstruoso, todo había acabado, ella no podía continuar con aquel hombre. Le habría perdonado su traición; pero aquella antigua basura la descorazonaba, y llenábase de terror ante la amenaza de los crímenes posibles del día siguiente. Tenía que par-

tir á escape, si no quería ser ella misma salpicada de lodo, aplastada bajo los escombros. Y sentía la necesidad de ir lejos, muy lejos, de reunirse con su hermano en el fondo del Oriente, más todavía para desaparecer que para advertirle. ¡Partir, partir en seguida! No eran todavía las seis, podía tomar el tren rápido de Marsella á las siete cincuenta y cinco, porque le parecía superior á sus fuerzas volver á ver á Saccard. Sus compras las haría en Marsella antes de embarcarse. Nada más que un poco de ropa blanca en una malefa, un traje de repuesto, y partiría. En un cuarto de hora estaría presta. Después la detuvo un instante la vista de su trabajo sobre la mesa, la Memoria comenzada. ¿Para qué llevarse aquello, puesto que todo debía derrumbarse, podrido por la base? Sin embargo, se puso á arreglar con cuidado los documentos, las notas, por una costumbre de mujer ordenada, que no quería dejar nada en desorden detrás de sí. Aquel trabajo la ocupó algunos minutos y calmó la primera fiebre de su decisión. Y ya en plena posesión de sí misma, daba una última ojeada á la habitación antes de abandonarla, cuando el ayuda de cámara apareció y le entregó un paquete de periódicos y de cartas.

De un vistazo maquinal miró Carolina los sobres, y en el montón, reconoció una carta de su hermano, dirigida á ella. Venía de Damasco, donde se encontraba entonces Hamelin estudiando el enlace de aquella ciudad con Beyrut. Al

principio comenzó á recorrerla, en pie, cerca de la lámpara, prometiéndose hacerlo despacio más tarde en el tren. Pero la detenía cada frase, no podía saltar ni una palabra, y acabó por volver á sentarse delante de la mesa y entregarse por completo á la lectura apasionada de aquella larga carta, que tenía doce páginas.

Precisamente estaba Hamelin en uno de sus días alegres. Daba las gracias á su hermana por las buenas noticias que le había enviado de París, y le comunicaba mejores noticias de allá, porque todo marchaba á pedir de boca. El primer balance de la Compañía general de Vapores reunidos se anunciaba soberbio, los nuevos transportes realizaban grandes ingresos, gracias á su perfecta instalación y á su mayor velocidad. Bromeando, decía que se viajaba por placer, y mostraba los puertos de aquella costa invadidos por el viejo mundo de Occidente, contando que no podía dar un paso por los caminos extraviados sin tropezar con algún parisién del boulevard. Aquello era realmente, como lo había él previsto, el Oriente abierto á la Francia. Bien pronto surgirían poblaciones en las fértiles laderas del Líbano. Pero sobre todo, hacía una pintura muy animada de la apartada garganta del Carmelo, donde la mina de plata estaba en plena explotación. El sitio salvaje se humanizaba, habían descubierto fuentes en el gigantesco derrumbamiento de rocas que cerraba el valle por el Norte; y roturaban campos, el trigo reem-

plazaba á los lentiscos, mientras que se había edificado toda una aldea cerca de la mina; al principio simples cabañas de madera, barracas para cobijar á los obreros, ahora casitas de piedra con jardines, un comienzo de ciudad que iría aumentando mientras no se agotasen los filones. Había allí ya cerca de quinientos habitantes, y acababa de construirse una carretera que ponía en comunicación la aldea con San Juan de Acre. De la mañana á la noche rugían las máquinas de extracción, crujían los carros al chasquido de los sonoros látigos, cantaban las mujeres, jugaban y gritaban los niños, en aquel desierto, en aquel silencio de muerte donde, en otro tiempo, sólo las águilas dejaban oír el batir lento de sus alas. Y los mirtos y las retamas seguían embalsamando el tibio ambiente, de una pureza deliciosa. En fin, Hamelin hablaba también de la primera línea férrea que debía abrir, de Brusa á Beirut, por Angora y Alepo. Todas las formalidades estaban terminadas en Constantinopla, y ciertas dichosas modificaciones que había hecho en el trazado, para el paso difícil de las gargantas del Taurus, le encantaban; y hablaba de aquellas gargantas y de las llanuras que se extendían al pié de las montañas con el entusiasmo de un hombre de ciencia que había encontrado allí nuevas minas de carbón, y que creía ver el país cubrirse de fábricas. Estaban indicados los puntos por donde había de pasar la vía y elegidos los emplazamientos de las esta-

ciones, algunos en plena soledad: un pueblo aquí, un pueblo más lejos, por todas partes nacerían pueblos alrededor de las estaciones, en el cruce de los caminos naturales. Ya estaba sembrada la mies de los hombres y de las grandes cosas futuras, todo germinaría, aquello sería antes de algunos años un mundo nuevo. Y acababa enviando un tierno abrazo á su adorada hermana, feliz por asociarla á aquella resurrección de un pueblo, y diciéndole que ella tenía mucha parte en todo, ella que hacía tanto tiempo le ayudaba con su bravura y su hermosa salud.

Carolina había acabado la lectura, la carta seguía abierta sobre la mesa, y, con los ojos puestos otra vez en la lámpara, meditaba. Después, alzaronse maquinalmente sus miradas y dieron la vuelta á las paredes, deteniéndose en cada uno de los planos, en cada una de las acuarelas. En Beirut, el pabellón para el director de la Compañía de Vapores reunidos estaba á aquella hora construido, en medio de vastos almacenes. En el monte Carmelo, el fondo de aquella garganta salvaje, obstruido por las malezas y las piedras, poblábase, parecido al nido gigantesco de una población naciente. En el Taurus, aquellas nivelaciones, aquellos perfiles, cambiaban los horizontes, abrían un camino al libre comercio. Y ante ella, de aquellas hojas de líneas geométricas, de tintas lavadas, clavadas simplemente con cuatro puntas, surgía toda una evocación del

lejano país recorrido otras veces, tan amado por su hermoso cielo eternamente azul, por su tierra tan fértil. Veía otra vez los jardines escalonados de Beirut, los valles del Líbano con grandes bosques de olivos y de moreras, las llanuras de Antioquía y de Alepo, inmensos vergeles de frutos deliciosos. Volvía á verse con su hermano en continuas expediciones por aquella maravillosa comarca, cuyas incalculables riquezas se perdían ignoradas ó mal vendidas, sin caminos, sin industria, sin escuelas, en la pereza y la ignorancia. Pero, ahora, todo aquello se vivificaba á impulsos de una extraordinaria corriente de savia joven. La evocación de aquel Oriente del mañana, alzaba ya ante sus ojos ciudades prósperas, campiñas cultivadas, toda una humanidad dichosa. Y las veía, y oía el rumor del trabajo en los talleres, y convencíase de que aquella vieja tierra dormida, despertada al fin, acababa de entrar en la vida.

Entonces Carolina tuvo la brusca convicción de que el dinero era el estiércol en donde brotaba aquella humanidad futura. Acordábase de las frases de Saccard, de trozos de sus teorías sobre la especulación; y recordaba aquella idea de que sin la especulación no habría grandes empresas vivientes y fecundas, del mismo modo que no habría hijos sin la lujuria. Necesítase este exceso de la pasión, toda esta vida bajamente gastada y perdida, para la continuación misma de la vida. Sí, allá en Oriente, su hermano estaba contento

y cantaba victoria, en medio de los talleres que se organizaban, de las construcciones que surgían del suelo, era porque, en París, el dinero llovía, pudriéndolo todo, en un juego rabioso. El dinero, emponzoñador y destructor, convertíase en el fermento de toda vegetación social y servía de abono necesario á los grandes trabajos cuya ejecución aproximaría los pueblos y pacificaría la tierra. Ella había maldecido el dinero, pero ahora caía ante él con espantada admiración: ¿no era, él sólo, la fuerza que puede arrasar una montaña, cegar un brazo de mar, hacer la tierra habitable á los hombres, aliviados del trabajo, de hoy más simples conductores de máquinas? Todo el bien nacía de él que hacía todo el mal. Y no razonaba más, quebrantada hasta el fondo de su ser, decidida ya á no partir, puesto que el éxito parecía completo en Oriente y que la batalla era en París, pero incapaz todavía de calmarse, sangrando siempre su corazón.

Carolina se levantó y fué á apoyar su frente en el cristal de una de las ventanas que daban al jardín del hotel Beauvilliers. Había cerrado la noche, y no distinguía más que una débil claridad en la pequeña pieza apartada donde la condesa y su hija vivían para no estropear nada y no gastar fuego. Detrás de la delgada muselina de las cortinas, distinguía vagamente el perfil de la condesa, remendando ella misma alguna prenda de ropa, mientras que Alicia pintaba acuarelas, concluídas de prisa por docenas, para

venderlas en secreto. Habíales sucedido una desgracia, una enfermedad de su caballo, que durante dos semanas las había tenido sin salir de casa, empeñadas en que no las vieran á pie y no atreviéndose á pagar uno alquilado. Pero en aquella escasez tan heroicamente ocultada, alentaban ahora una esperanza, que les daba más valor, el alza continua de las acciones del Universal, aquella ganancia ya muy grande que veían resplandecer y caer como lluvia de oro el día en que vendieran al precio más alto. La condesa se prometía un traje completamente nuevo, y soñaba con dar dos comidas por mes en el invierno, sin ponerse para ello á pan y agua durante quince días. Alicia no reía ya, con su aire de indiferencia afectada, cuando su madre le hablaba de matrimonio, y la escuchaba con un ligero temblor de manos, comenzando á creer que aquello acaso se realizara, que ella podría tener también marido é hijos. Y Carolina, mirando lucir la pequeña lámpara que las alumbraba, sentía subir hasta ella una gran calma, un enternecimiento, impresionada al notar que también el dinero, nada más que una esperanza de dinero, bastaba para la dicha de aquellas pobres criaturas. Si las enriquecía Saccard, ¿no lo bendecirían? ¿no sería, para ellas dos, caritativo y bueno? ¿No está la bondad por todas partes, aun entre los peores, que son siempre buenos para alguien, que siempre tienen, en medio de la execración de una muchedumbre, humildes voces

aisladas que les dan las gracias y los adoran? Al hacerse esta reflexión, su pensamiento, mientras que sus ojos se cegaban en las tinieblas del jardín, volaba hacia la Obra del Trabajo. La vispera había distribuido allí, de parte de Saccard, juguetes y dulces, en celebración de su aniversario; y sonreía involuntariamente al recordar la ruidosa alegría de los niños. Hacía un mes que allí estaban más contentos de Víctor: había leído notas satisfactorias en casa de la princesa de Orviedo, con quien dos veces por semana hablaba largamente de la casa. Pero á aquella imagen de Víctor, que se le aparecía de pronto, asombrábase de haberlo olvidado, en su crisis de desesperación, cuando quería partir. ¿Habría podido abandonarlo, comprometer la buena acción realizada con tanto trabajo? Cada vez más penetrante, subía de la obscuridad de los grandes árboles una dulzura, una ola de abnegación inefable, de tolerancia divina que le ensanchaba el corazón; mientras que la pequeña lámpara de las señoras de Beauvilliers seguía brillando allá abajo como una estrella.

Cuando Carolina volvió á su mesa experimentó un ligero estremecimiento. ¿Qué era aquello? ¡Tenía frío! Y esto la alegró. ¡Ella que se vanagloriaba de pasar el invierno sin fuego! Estaba como al salir de un baño frío, rejuvenecida y fuerte, el pulso más tranquilo. Las mañanas en que se sentía con hermosa salud, encontrábase de aquel modo. Ocurriósele la idea de echar un

tronco en la chimenea; y, viendo que estaba apagado el fuego, se divirtió encendiéndolo ella misma, sin querer llamar al criado. De rodillas ante la chimenea, reíase á solas.... Y allí estuvo un instante feliz y sorprendida. Había pasado otra de sus grandes crisis, y esperaba de nuevo, ¿qué? seguía sin saber nada de ello, el eterno desconocido que había al fin de la vida, al fin de la humanidad. Vivir: esto debía bastar, para que la vida le trajese de continuo la curación de las heridas que la vida le hacía. Una vez más, recordó las desdichas de su existencia, su horrible matrimonio, su miseria en París, su abandono por el único hombre que había amado; y á cada derrumbamiento encontraba la vivaz energía, la alegría inmortal que la volvía á poner en pie, en medio de las ruinas. ¿No acababa de venirse todo abajo? Encontrábase sin sentir estimación por su amante, enfrente de su espantoso pasado, como las santas mujeres que se encuentran enfrente de inmundas llagas que curan día y noche, sin esperar cicatrizarlas nunca. Iba á seguir perteneciéndole, sabiendo que era de otras, no tratando siquiera de disputárselo. Iba á vivir en una hoguera, en la fragua sofocante de la especulación, bajo la amenaza incesante de una catástrofe final, donde su hermano podría dejar su honor y su sangre. Y á pesar de todo mostrábase erguida, casi sin preocuparse de ello, saboreando el hacer frente al peligro. ¿Por qué? Por nada razonablemente, ¡por el gusto de ser! Su hermano

se lo decía: era invencible por la esperanza.

Cuando volvió Saccard, vió á Carolina embobada en su trabajo, acabando, con su firme escritura, una página de la Memoria sobre los caminos de hierro de Oriente. Alzó ella la cabeza y le sonrió con aire tranquilo, mientras que él rozaba con los labios su hermosa y radiante cabellera blanca.

—¿Habéis andado mucho, amigo mío?

—¡Oh, he tenido mucho que hacer! He visto al ministro de Obras públicas, he tenido que buscar á Huret, y he vuelto al despacho del ministro donde no había más que un secretario..... Al fin he conseguido la promesa para lo de allá.

En efecto, desde que se separó de la baronesa no había parado un instante, entregado por completo á los negocios con su acostumbrado celo. Carolina le entregó la carta de Hamelin, que le encantó; y ella lo miraba entusiasmarse con el próximo triunfo, diciéndose que, en adelante, lo vigilaría decerca, para impedir las locuras indudables. Pero no conseguía ser severa con él.

—Vuestro hijo ha venido á invitaros en nombre de la señora de Jeumont.

Saccard exclamó:

—¡Pero si ella me ha escrito!..... Se me había olvidado decirlo que yo iba allí esta noche..... Y me disgusta mucho, tan fatigado como estoy.

Y salió, después de haber besado otra vez sus blancos cabellos. Ella volvió á ponerse á trabajar, con su amistosa sonrisa, llena de indulgen-

cia. ¿No era ella solamente una amiga que se entregaba? Los celos le daban vergüenza, como si manchasen más aquellas relaciones. Quería ser superior á la angustia de compartir su cariño con otra amante, desprendida del egoísmo carnal del amor. Sersuya, saber que era de otras: esto no tenía importancia. Y, sin embargo, lo amaba con todo su corazón valeroso y lleno de caridad. Era el amor triunfante aquel vagamundo, aquel bandido del arroyo financiero, amado tan absolutamente por esta adorable mujer, porque lo veía, activo y valiente, crear un mundo, hacer vida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1925 MONTERREY, MEXICO